

La nueva guerra china

Carlos Marx

27 de septiembre al 18 de octubre de 1859

(Tomado de Carlos Marx y Federico Engels, *Colonialismo y guerras en China*, Ediciones Roca, México, 1974, páginas 116-137. Serie de cuatro artículos publicados en la *New York Tribune* los días 27 de septiembre, 1, 10 y 18 de octubre, de 1859.)

27 de septiembre de 1859

I

En la época en que todo el mundo congratulaba a Inglaterra por haber arrancado el tratado de Tien-tsin (junio de 1858), yo me esforzaba por demostrar que Rusia era realmente la única potencia que se había aprovechado de la guerra de los bandidos ingleses contra China y que las ventajas económicas que el tratado concedía a Inglaterra eran más bien pequeñas y (desde el punto de vista político), lejos de instaurar la paz, ese tratado hacía, por el contrario, inevitable una nueva guerra. El curso de los acontecimientos ha confirmado enteramente este punto de vista. El Tratado de Tien-tsin y el espejismo de la paz se han disipado ante las duras realidades de la guerra.

Ante todo, expondremos los acontecimientos tal como son relatados por el último correo continental. En compañía del señor Bourboulon, plenipotenciario francés, el honorable señor Bruce, partió con una escuadra británica que debía remontar el Pei-ho y acompañar a los dos diplomáticos en su misión de Pekín. La flota, mandada por el almirante Hope, comprendía siete vapores, diez cañoneras, dos transportadores de víveres y tenía a bordo varios centenares de soldados de la marina y de ingenieros. Ahora bien, los chinos hicieron saber a la misión que se oponían a que escogiera justamente aquella vía. En consecuencia, el almirante Hope encuentra bloqueada la entrada del Pei-ho por medio de cadenas y piezas de madera. Tras una espera de nueve días, del 17 al 25 de junio, en la desembocadura de ese río, trató de forzar el paso, después que los plenipotenciarios se unieron a la escuadra el día 20. A su llegada cerca de Pei-ho, el almirante advirtió que los fuertes de Taku, arrasados durante la última guerra, habían sido reconstruidos, lo que (dicho sea de paso) habría podido saber ya, puesto que la *Gazette de Pekín* lo había anunciado oficialmente.

Cuando los ingleses trataron de forzar el Pei-ho, el 25 de junio, las baterías de Taku se descubrieron y abrieron fuego mortífero sobre los navíos británicos, al mismo tiempo que surgieron los soldados de un ejército mongol de unos 20.000 hombres. La batalla hizo furor en tierra y mar y se terminó con la derrota completa de los agresores. La expedición hubo de retirarse, tras haber perdido tres navíos ingleses (el *Cormorant*, el *Lee* y el *Plover*), así como 464 hombres muertos o heridos del lado inglés y 14 muertos o heridos de los 60 franceses presentes. Cinco oficiales ingleses fueron muertos, veintitrés heridos y el propio almirante fue tocado.

Después de esta derrota, Bruce y Bourboulon se volvieron a Shanghái y la escuadra británica fondea en Ning-Po, cerca de Chinhae.

Cuando estas desagradables noticias llegaron a Inglaterra, toda la prensa de Palmerston sacó a relucir el león británico y grita venganza a coro. El *Times* de Londres

se dedicó a envolver con un barniz de dignidad los instintos sanguinarios de sus compatriotas, pero las hojas palmerstonianas de la más baja especie jugaron de manera totalmente grotesca el papel de Roland Furieux. Así, por ejemplo, el *Daily Telegraph* de Londres:

“Gran Bretaña debe atacar el litoral de China en toda su extensión, luego invadir la capital, expulsar al emperador de su palacio y asegurarse sólidas garantías contra futuros ataques... Hay que dar latigazos a todo funcionario que lleve el emblema del dragón y se permita mirar nuestros símbolos nacionales con desprecio... Cada uno de ellos (los generales chinos) debe ser colgado como pirata y asesino de las vergas de nuestros navíos. Sería un espectáculo reconfortante y saludable ver una docena de bribones con vestidos de guiñol llenos de botones, con su faz de malvado, balanceándose a la vista de toda la población. De una u otra manera, tenemos que inspirar terror, pues hemos sido demasiado indulgentes... Ahora se trata de enseñar a los chinos a respetar a los ingleses, que son sus superiores y deberían ser sus *señores*... Al menos debemos tratar de apoderarnos de Pekín, y por poco animosos que seamos, debemos ocupar Cantón para siempre. Podríamos conservar Cantón, como tenemos Calcuta, y hacer de ella el centro de nuestro comercio en Extremo Oriente, a fin de compensar la influencia de Rusia en las fronteras tártaras del imperio (y poner los cimientos de un nuevo dominio)”.

Ahora suspendamos aquí las divagaciones de los plumíferos de Palmerston y volvamos a los hechos, a fin de tratar de captar los motivos profundos de este molesto acontecimiento, en cuanto sea posible con las pocas informaciones de que disponemos actualmente.

Aun partiendo del hecho de que el Tratado de Tien-tsin prevé el acceso directo a Pekín del embajador británico, hay que preguntarse primeramente si el gobierno chino ha violado ese tratado impuesto por una guerra de bandidaje, oponiéndose a que la escuadra británica remontase a la fuerza el Pei-ho. Según se ve en las noticias transmitidas por el correo continental, las autoridades chinas no prohibían el envío de la misión británica a Pekín, sino que la flota de guerra británica remontara el Pei-ho. Proponía que el señor Bruce viajara por tierra, sin el apoyo de esas fuerzas armadas, de las que la población del Celeste Imperio tenía el recuerdo del reciente bombardeo de Cantón: su presencia masiva tenía que sugerir una invasión. El derecho de residir en Londres ¿faculta al embajador francés para forzar el Támesis al frente de una expedición francesa armada?

Hay que reconocer que la concepción inglesa de la admisión de su embajador en Pekín es por lo menos tan extraña como el descubrimiento hecho durante la última guerra china, a saber, que el bombardeo de una ciudad del imperio no significa hacerle la guerra, sino simplemente tener un conflicto local con una de sus provincias.

En respuesta a las protestas de los chinos, los ingleses, según su propia afirmación, “han tomado todas las medidas para lograr, si fuera necesario, el acceso de Pekín por la fuerza” y han remontado efectivamente el Pei-ho con una escuadra bastante poderosa. Incluso aunque los chinos estuvieran obligados a recibir en Pekín un embajador pacífico, tenían indudablemente el derecho de oponerse a una expedición militar de los ingleses en esta ocasión. Actuando como lo han hecho, no solamente no han violado un tratado, sino que se ha opuesto a su violación.

Pero aún hay más. Aunque el Tratado de Tien-tsin reconocía a los ingleses el derecho a una embajada, queda por aclarar si lord Elgin no ha renunciado, por el momento al menos, al ejercicio efectivo de ese derecho. La lectura de la *Correspondencia relativa a la misión especial del conde Elgin en China*, publicada por orden de su majestad convence a cualquier hombre de buena fe que, primeramente, la admisión en Pekín del embajador inglés no debía tener lugar en ese momento, sino más tarde; luego, que su derecho de residencia en Pekín se acompañaba de diversas cláusulas restrictivas; y,

finalmente, que el artículo II relativo a la admisión del embajador, estaba redactado en forma imperativa en el texto inglés del tratado, pero había sido modificado en el texto chino a petición del plenipotenciario chino. Esta divergencia entre las dos versiones del tratado la ha admitido el propio lord Elgin que, sin embargo, como él mismo dice, “se ha visto obligado, por las instrucciones que se le habían transmitido, de exigir a los chinos que aceptaran, como versión válida de una convención internacional, un texto del que ellos no entendían ni palabra”.

¿Se puede imputar a los chinos haber obrado conforme al texto chino del tratado, en lugar del inglés que difiere algo “del sentido exacto de la convención”, como lo reconoce el propio lord Elgin? En conclusión, citaré la declaración formal del señor Th. Chisholm Anstey, antiguo fiscal general británico en Hong Kong, que extraigo de una carta dirigida al director del *Morning Star*: “El tratado, cualquiera que sea, se halla anulado desde hace tiempo por los actos de violencia del gobierno británico y de sus subordinados, al menos por lo que confiere a la Corona de Gran Bretaña ventajas o privilegios”.

La nueva catástrofe china, preparada según toda verosimilitud por el propio Palmerston, amenaza gravemente a Inglaterra, expuesta ya a graves dificultades en la India, de una parte, y en pleno rearme para hacer frente a la eventualidad de una guerra europea, de otra parte. La consecuencia directa a sacar de ello es la caída del gobierno actual, cuyo jefe (Palmerston) carga ya con la responsabilidad de la precedente guerra china, y esto con tanta mayor razón cuanto que los principales miembros del gabinete han votado ya una moción de censura contra su *Premier* sobre esta cuestión. En cualquier caso, Milner Gibson y la escuela de Manchester deben abandonar la actual coalición liberal o bien, cosa poco probable, obligar a su jefe a someterse a su política, uniéndose con lord Russell, Gladstone y sus colegas peelistas.

II

1 de octubre de 1859

Se anuncia para mañana un consejo de ministros para decidir sobre la actitud a tomar frente a la catástrofe de Pei-ho. Las elucubraciones del *Moniteur* francés y del *Times* de Londres no dejan duda sobre el hecho de que Palmerson y Bonaparte están resueltos a desencadenar una nueva guerra en China. Pero se sabe de fuente segura que en el curso del próximo consejo el señor Milner Gibson rechazará, para empezar, el valor de los argumentos a favor de la guerra; después renovará sus protestas contra toda declaración de guerra emprendida sin la previa ratificación de las dos cámaras del parlamento. Si queda en minoría, abandonará el gabinete, dando así la señal de una nueva ofensiva contra el gobierno de Palmerston y de una ruptura de la coalición liberal que ya había supuesto la caída del gobierno Derby.

Se especula con la idea de que Palmerston siente alguna aprensión ante los proyectos del señor Milner Gibson, el único de sus colegas que teme y del que ha dicho que “es un hombre particularmente dotado para descubrir los defectos de la coraza”.

Puede ocurrir que al mismo tiempo que esta correspondencia, se reciban de Liverpool las últimas noticias sobre los resultados del consejo de ministros. Entretanto, para descubrir el verdadero fondo del asunto, vale más dejar de lado lo que ha sido impreso para inclinarse sobre lo que ha sido sencillamente omitido en los comentarios de la prensa de Palmerston relativos a la noticia transmitida por el último correo continental.

Primeramente, suprime la noticia según la cual ha sido ya ratificado el tratado entre China y Rusia y que el emperador había dado instrucciones de escolta hasta Pekín a la delegación americana con vistas a intercambiar los instrumentos de ratificación con

los Estados Unidos. Eso permite descartar la sospecha más que legítima, según la cual quizás no sea la Corte Imperial, sino los delegados franco-británicos los responsables de los obstáculos a los que se han enfrentado, obstáculos que sus colegas rusos y americanos no han encontrado en su camino. Seguidamente, y esta es la circunstancia más grave que el *Times* y los otros periódicos de Palmerston en general se ven obligados a reconocer, a saber, que las autoridades chinas habían declarado que estaban dispuestas a acompañar a los embajadores inglés y francés a Pekín; que efectivamente, los habían esperado en uno de los brazos del río y les habían ofrecido escolta, si consentían en separarse de las tropas y sus navíos. Además, como el Tratado de Tien-tsin no preveía, en ninguno de sus artículos, el derecho de los ingleses y franceses a enviar una escuadra naval aguas arriba del Pei-ho, está claro que no son los chinos; sino los británicos los que han violado el tratado y que estos últimos han provocado deliberadamente un incidente justamente la víspera del intercambio de instrumentos de ratificación del tratado.

Nadie va a pensar que el honorable señor Bruce haya obrado por su propia iniciativa con objeto de propiciar la segunda guerra con China. Está claro que no ha hecho sino ejecutar instrucciones secretas del gobierno de Londres. Ciertamente, es cierto que Bruce ha sido enviado a China, no por Palmerston, sino por Derby. Con todo, basta recordar a los lectores que, bajo el primer gabinete Peel, cuando lord Aberdeen era ministro de asuntos exteriores, el embajador inglés en Madrid, sir Hsnry Bulwer, entra en conflicto con la corte de España y fue obligado a abandonar su puesto. Ahora bien, los debates de la Cámara de los Lores sobre este “molesto acontecimiento” revelaron que, en lugar de obedecer las instrucciones oficiales de Aberdeen, había seguido las directivas secretas de Palmerston, entonces en la oposición.

En resumen, la actitud de la prensa de Palmerston, estos últimos días, no deja duda (al menos para quien conoce la historia secreta de la diplomacia inglesa de estos treinta últimos años) sobre el verdadero responsable de la catástrofe de Pei-ho y de la inminente Tercera Guerra del Opio. Según el *Times*, los cañones de los fuertes de Taku que causaron tales destrozos en la escuadra británica, eran de origen ruso y mandados por rusos. Otra hoja palmerstoniana es aún más explícita:

“Ahora vemos cuán estrechamente está ligada la política rusa a la de Pekín. Observamos grandes operaciones miliares en el Amur, grandes movimientos de tropas cosacas más allá del lago Baikal, en el mágico país del hielo, en las fronteras crepusculares del viejo mundo; seguimos las huellas de innumerables caravanas; descubrimos que el enviado especial ruso (el general Muraviev, gobernador de Siberia Oriental) ha abandonado el Extremo Oriente siberiano y se halla en camino hacia la inaccesible capital china, con planes secretos; y la opinión pública de este país se estremece con razón ante la idea de que han contribuido a nuestras desgracias y la matanza de nuestros soldados y marinos, influencias extranjeras”.

Pues bien, es un viejo truco de Palmerston. Cuando Rusia quiso concluir un tratado de comercio con China, empujó a esta última a los brazos de su vecina del norte, con la Guerra del Opio. Cuando Rusia quiso la cesión del Amur, le ayudó a conseguirlo con la Segunda Guerra del Opio, y actualmente que Rusia se esfuerza por consolidar su influencia en Pekín, improvisa la Tercera Guerra del Opio. En todas sus relaciones con los débiles estados asiáticos, como China, Persia, Asia Central, Turquía, su regla constante e invariable es la de resistir públicamente a las maniobras rusas, emprendiendo al tiempo la lucha, no contra Rusia, sino contra tal o cual estado asiático, a fin de levantarlo contra la Gran Bretaña como promotora de una guerra de bandidaje y conducirlo a través de esta vía tortuosa a conceder a Rusia lo que de ningún modo quería ceder antes.

Es seguro que, en esta ocasión, será puesta en escena toda la política anterior de Palmerston en Asia y consiguientemente llamo vuestra atención hacia los *Documentos afganos*, cuya publicación tuvo lugar por orden de la Cámara de los Comunes el 8 de junio de 1859. Estos, como ningún otro documento antes, hacen claridad sobre la siniestra política de Palmerston y la historia diplomática de los últimos treinta años. Brevemente, véase el asunto: en 1838, Palmerston emprendió una guerra contra Dost Mohammed, Emir de Kabul, guerra que provocó la destrucción de todo un ejército inglés, tras haber sido declarada bajo el pretexto de que Dost Mohammed había concluido una alianza secreta entre Persia y Rusia contra Inglaterra.

Para justificar esta acusación, Palmerston presenta en 1838 al parlamento un Libro Azul, cuyo contenido esencial era la correspondencia entre sir Alexander Burnes, enviado británico en Kabul y el gobernador de Calcuta. Burnes fue asesinado en Kabul durante una sublevación contra los invasores británicos, pero, como desconfiaba del ministro de asuntos exteriores, había enviado la copia de algunas de sus cartas oficiales a su hermano, el doctor Burnes en Londres. Cuando los *Documentos afganos*, cuidadosamente arreglados por Palmerston, fueron publicados en 1839, el doctor Burnes acusó al ministro de haber “mutilado y deformado los despachos del difunto sir Alexander Burnes” y, para corroborar su afirmación publicó algunos de los despachos auténticos. Pero la verdad no llegó a resplandecer hasta que, este verano, bajo el ministerio Derby, la Cámara de los Comunes ordena, por iniciativa parlamentaria de Hadfield, publicar los *Documentos afganos* completos. La orden fue ejecutada de modo que demostraba hasta a los menos perspicaces cuán fundada estaba la acusación de mutilación y de deformación *en interés de Rusia*. La página de título indica: “*Nota bene*. La correspondencia, publicada en parte solamente en las ediciones precedentes, se reproduce aquí íntegramente y los pasajes omitidos se colocan entre paréntesis”. El nombre del alto funcionario que se cita como garante de la fidelidad de la publicación es J. W. Kaye, secretario de los “departamentos políticos y confidenciales” e “historiador auténtico de la guerra afgana”.

Basta un ejemplo para ilustrar las relaciones reales entre Palmerston y Rusia, contra la que fingía tener preparada la guerra afgana. El agente ruso Vitkevitch, se presenta en 1837 en Kabul, con un mensaje personal dirigido por el zar a Dost Mohammed. Sir Alexander Burnes consiguió procurarse una copia que envió a lord Auckland, entonces gobernador general de la India. Ahora bien, sus despachos, como los documentos publicados en anexo, no dejan de referirse a este hecho. Sin embargo, la copia de la carta del zar no figura en el Libro Azul de Palmerston y todos los despachos que hacen alusión a ella son manipulados de manera que logre disimular la vinculación que existe entre el “Emperador de Rusia” y la misión de Kabul. Por tanto, esta falsedad se cometió para sustraer al público la prueba de las relaciones entre el autócrata y el agente secreto que Nicolás, a su vez en Petersburgo, creyó oportuno desautorizar formalmente. De este modo, en la página 82 del Libro Azul, se puede encontrar la traducción de un mensaje a Dost Mohammed que dice, cuando las palabras suprimidas por Palmerston se reponen entre paréntesis en el texto: “Un emisario (del Zar) de Rusia ha llegado (de Moscú) a Teherán, cuya misión es llegar a Kandahar y acudir a una audiencia con el Emir... Lleva consigo (mensajes confidenciales del emperador y) cartas del embajador ruso en Teherán. El embajador ruso recomienda este hombre como un personaje digno de la mayor confianza y plenamente autorizado para llevar cualquier clase de negociación (por cuenta del emperador y de él mismo), etcétera, etcétera”.

Esta falsedad y otras similares, cometidas por Palmerston para proteger el honor del zar no son las únicas curiosidades de los *Documentos afganos*. Por ejemplo, Palmerston justificaba la invasión de Afganistán con pretexto de que había sido recomendado por sir Burnes como un acto susceptible de desarticular las maniobras rusas

en Asia Central. Ahora bien, A. Burnes había hecho justamente todo lo contrario, lo que explica que todos sus llamamientos a favor de Dost Mohammed fueran eliminados de la edición palmerstoniana del Libro Azul y el contenido de la correspondencia mutilado y deformado para cambiarla en su contrario.

Tal es, pues, el hombre que está a punto de desencadenar una tercera guerra en Extremo Oriente, con el pretexto transparente de hacer fracasar los propósitos de Rusia en esta parte del mundo.

III

10 de octubre de 1859

La mayor parte de la prensa británica parece considerar actualmente como decidida una nueva guerra de la civilización contra el Celeste Imperio. Pero, desde el consejo de ministros del sábado por la tarde, los periódicos más sedientos de sangre, han cambiado completamente el tono.

Ante todo, el *Times* de Londres (aparentemente en un acceso de rabia patriótica) había tronado contra la doble traición, de una parte, de los cobardes mongoles que habían atraído al almirante inglés, tan *bohème* (sic) a una emboscada, disimulando cuidadosamente sus posiciones y enmascarando su artillería; de otra parte, de la Corte de Pekín que, con un maquiavelismo más negro aún, había alentado a estos monstruos de mongoles a recurrir a esa diabólica trampa de guerra. Por una curiosa coincidencia, el *Times*, aunque cegado por la pasión, logró expurgar, en los textos oficiales que reprodujo, todos los pasajes favorables a los chinos, condenados a ser puestos en la picota. La pasión puede producir confusión, pero hay que tener la cabeza fría para deformar las cosas. Sea como quiera, el 16 de septiembre, o sea, exactamente la víspera del consejo de ministros, el *Times* vira de bordo y, a sangre fría, corta en dos al Jano bicéfalo de su acusación:

“Tememos no poder acusar de traición a los mongoles que han resistido a nuestro asalto contra los fuertes de Pei-ho”. Pero inmediatamente, para atrapar una confesión tan desagradable, acusa con igual encarnizamiento a la Corte de Pekín de haber violado un “tratado solemne”, con premeditación y perfidia.

Finalmente, tres días después del consejo de ministros, nuevas consideraciones han impulsado al *Times* “a no dudar que nada hubiera impedido la ratificación del tratado si Bruce y Bourboulon hubieran pedido a los mandarines que los acompañaran a Pekín”.

En tales condiciones, ¿qué queda de la traición de la Corte de Pekín? Ni una sombra. Después de esto, dos dudas siguen afligiendo al *Times*: “Quizás quepa la duda de que haya sido prudente, desde el punto de vista militar, tratar de abrirse camino a Pekín por medio de tal escuadra. Más *dudoso* es aún que fuera deseable, desde el punto de vista *diplomático*, emplear la fuerza en general”.

Tal es la conclusión poco brillante de toda la tempestad de indignación levantada por el caudillo de la prensa británica. Sea lo que quiera, con su particular lógica, el *Times* ha arrojado por la borda las razones de la guerra, pero sin embargo no renuncia a la propia guerra. Otro periódico oficioso, el *Economist*, que se había distinguido por su calurosa apología del bombardeo de Cantón, parece querer adoptar un punto de vista más económico y menos retórico, después del nombramiento de J. Wilson para el puesto de canciller de hacienda indio. Acaba de publicar dos artículos (uno político y otro económico), el primero de los cuales acaba como sigue:

“Bien considerado todo, es evidente que el artículo previendo el derecho de nuestro plenipotenciario a ir o residir en Pekín ha sido literalmente *impuesto* al gobierno

chino. Pero, si se juzgaba que el respeto de esta cláusula era absolutamente indispensable a nuestros intereses, pensamos que se podía normalmente obrar con moderación y paciencia. Se dirá, sin duda, que la moderación y la paciencia pueden interpretarse por un gobierno tal que el chino como señal de una debilidad fatal y que eso sería seguir la política más nefasta. ¿Pero *hasta qué punto*, y sobre qué argumentación, tenemos derecho a adoptar, en nuestras relaciones con los gobiernos asiáticos, principios opuestos a los que sostenemos con los gobiernos civilizados? Es posible que después de haberles arrancado una concesión a pesar de su voluntad bajo el efecto del temor, la mejor política consista en arrancarles, siempre bajo los efectos del temor, la ejecución inmediata del tratado en sentido favorable a nuestros intereses. Pero si hemos fracasado en esta tentativa y si, entretanto, los chinos han superado su miedo e insisten, con una demostración de fuerza en su apoyo, para que los consultemos sobre las modalidades de aplicación del tratado, ¿podemos entonces acusarles de traición, con la menor apariencia de justicia? ¿No practican más bien respecto a nosotros los métodos de persuasión que nosotros mismos utilizamos? Es posible e incluso probable, que el gobierno chino nos haya embaucado deliberadamente en esta trampa mortal y que en general nunca haya tenido la intención de ejecutar este tratado. Si ello fuera probado, tendríamos el derecho y el deber de exigir reparación. Pero cabe también que la voluntad de defender la desembocadura del Pei-ho a fin de impedir la renovación del acto de fuerza ejecutado el año anterior por lord Elgin, no se acompañe de ningún deseo de violar las cláusulas generales del tratado. Puesto que la iniciativa de las hostilidades estaba enteramente de nuestro lado y que nuestros comandantes podían en todo momento dar la orden de repliegue ante el fuego mortífero que solamente se hacía para defender los fuertes, no podemos en modo alguno probar con certidumbre que las autoridades chinas tenían la intención de violar el tratado. Y mientras que esta voluntad premeditada de violar el tratado no sea probada, debemos suspender nuestro juicio y reflexionar si, en nuestro comportamiento frente a los bárbaros, no hemos utilizado principios que difieren apenas de los que ellos practican respecto a nosotros”.

En el segundo artículo sobre el mismo tema, el *Economist* analiza la importancia, directa e indirecta, del comercio entre la Gran Bretaña y China. En 1858, las exportaciones británicas en dirección a China se han elevado a 2.876.000 libras, mientras que el valor de las importaciones británicas llegadas de China, para cada uno de los tres últimos años, ha sido de 9 millones de libras, de suerte que se puede estimar en unos 12 millones de libras el conjunto del comercio directo entre Inglaterra y China. Pero a estas transacciones directas se vienen a añadir al menos otras tres esferas de comercio importantes con las que Inglaterra se halla más o menos íntimamente ligada en el cuadro de intercambios: el comercio entre la India y China, entre China y Australia y entre China y Estados Unidos. “Australia [dice el *Economist*], recibe anualmente grandes cantidades de té chino y no tiene nada a cambio que dar al comercio chino. América, también importa grandes cantidades de té y algo de seda por un valor que excede de lejos del de sus exportaciones a China”.

Estos dos pasivos de la balanza comercial a favor de China deben ser compensados por Gran Bretaña que, a cambio, recibe oro de Australia y algodón de Estados Unidos. He aquí por qué está obligada, además de sus propias deudas frente a China, a pagar a esos países grandes sumas por el oro importado de Australia y el algodón importado de Estados Unidos. Pero estas sumas debidas a China por Inglaterra, Australia y Estados Unidos pasan, en gran medida, de China a la India, a cuenta de las sumas que China debe a este país por el opio y el algodón.

Dicho sea de paso, las importaciones indias de productos chinos nunca han llegado a 1.000.000 de libras, mientras que las importaciones chinas que proceden de la India representan en total 10.000.000 de libras. De estas observaciones de orden económico, el

Economist concluye que cualquier seria interrupción del comercio británico con China sería “una calamidad de una amplitud mucho más grande de lo que puedan hacer suponer las cifras de las exportaciones e importaciones, y que el perjuicio financiero causado por esta perturbación, además de que repercutiría sobre el comercio directo del té y la seda de Inglaterra, produciría también “incidencias” en las transacciones británicas con Australia y los Estados Unidos.

El *Economist* no ignora que, durante la última guerra china, las hostilidades no han perturbado el comercio como se había temido y que el puerto de Shanghái no ha registrado ningún descenso del tráfico. Pero, aquí, el *Economist* pone de relieve “dos aspectos excepcionales del diferendo”, que podrían modificar de forma sustancial el efecto de la nueva guerra china sobre el comercio, a saber, el carácter “imperial”, y no ya “local” de la guerra en curso, y el “éxito sin precedente que los chinos han conseguido por primera vez en su lucha contra las fuerzas europeas”.

Ese lenguaje nos cambia completamente los himnos a la guerra que el *Economist* entonaba con tanto celo en la época de la lorcha *Arrow*.

Como lo habíamos previsto en la precedente correspondencia, el consejo de ministros ha oído la protesta de Milner Gibson y su amenaza de dimitir si Palmerston actuaba conforme a lo que había dado a entender el *Moniteur* francés. Por ahora, Palmerston ha evitado la escisión del gabinete y de la coalición con los liberales, afirmando que las fuerzas indispensables a la protección del comercio británico se concentrarían en las aguas chinas y que no se adoptaría ninguna decisión sobre la cuestión de la guerra, mientras que no se dispusiera de relaciones más detalladas por parte del embajador británico. De esa manera, ha diferido la cuestión candente.

Sin embargo, las verdaderas intenciones de Palmerston se leen entre líneas en su diario íntimo, el *Daily Telegraph*: “Si, durante el año próximo, cualquier acontecimiento supone un voto de desconfianza para el gobierno, sin duda será necesario acudir a las urnas. Los comunes harán ver el resultado de sus actividades según el veredicto sobre la cuestión china, puesto que actualmente hay que añadir a los opositores habituales de Disraeli los cosmopolitas que proclaman que los mongoles han tenido razón”.

Quizás tenga ocasión de volver sobre esta cuestión embarazosa en la que se han colocado los conservadores, aceptando la responsabilidad de los acontecimientos meticulosamente preparados por Palmerston y dos de sus agentes, lord Elgin y el hermano de este último, Bruce.

IV

18 de octubre de 1859

En uno de mis artículos precedentes, he sostenido que el conflicto de Pei-ho no era un incidente involuntario, sino, al contrario, que había sido preparado meticulosamente por lord Elgin quien, obrando de acuerdo con instrucciones secretas, combinadas hace tiempo por Palmerston, consiguió atribuir a lord Malmesbury, ministro de asuntos exteriores, los proyectos del noble vizconde, entonces dirigente de la oposición.

Ante todo, la idea de que un “incidente chino” sea el fruto de “instrucciones” que emanan del actual primer ministro británico es tan poco nueva y descabellada, que fue un personaje tan bien informado como Disraeli quien la insinúa en un debate en los comunes sobre la guerra de la lorcha y (por curioso que ello pueda parecer) encuentra confirmación cerca del propio Palmerston. El 3 de febrero de 1857, Disraeli lanza la siguiente advertencia:

“No puedo prohibirme pensar que lo que ha pasado en China no es debido a los hechos alegados, sino que tiene su origen en las *instrucciones* recibidas de Inglaterra hace ya tiempo. Si fuera así, estimo que habría llegado el momento para la cámara, si no quiere faltar a sus deberes, de preguntarse seriamente si posee los medios de controlar un sistema que, si persiste, será fatal para los intereses de nuestro país”.

Y lord Palmerston respondía fríamente: “El muy honorable caballero afirma que el curso de los acontecimientos parece ser el resultado de una *política elaborada desde hace tiempo por el gobierno británico*. Es perfectamente exacto”.

Por lo que concierne al actual conflicto, basta echar una ojeada rápida al Libro Azul, titulado *Correspondencia relativa a las misiones especiales de lord Elgin en China y en Japón*, 1857-59, para constatar que el acontecimiento sobrevenido el 25 de junio en Pei-ho, había sido contemplado por lord Elgin ya el 2 de marzo. En la página 484 de dicha correspondencia, se encuentran los dos despachos siguientes:

“Conde de Elgin al contralmirante sir Michael Seymour.

Le Furious, 2 de marzo de 1859.

“Sir, en relación con mi despacho a Vuestra Excelencia de fecha 17 de febrero, me permito señalarle que tengo la esperanza de que la decisión adoptada por el gobierno de Su Majestad a propósito de la residencia permanente de un embajador británico en Pekín, de la que os he hecho partícipe en el curso de nuestra entrevista, puede incitar al gobierno chino a acoger de manera adecuada al representante de Su Majestad, cuando éste llegue a Pekín para el intercambio de instrumentos de ratificación del Tratado de Tien-tsin. Sin embargo, es perfectamente posible que esta esperanza no se realice y, en cualquier hipótesis, considero que el gobierno de Su Majestad desea que, durante su viaje a Tien-tsin, acompañen a nuestro embajador, fuerzas imponentes. En estas condiciones, me permito llamar la atención de Vuestra Excelencia sobre la cuestión de saber si no sería oportuno concentrar en Shanghái, en la primera ocasión favorable, una flotilla de cañoneras *suficientemente fuerte para tal empresa*, ya que supongo que la llegada del señor Bruce a China no se hará esperar mucho. Tengo el honor, etc.-Elgin y Kincardine”.

“Conde de Malmesbury al conde Elgin. Ministerio de Asuntos Exteriores, 2 de mayo de 1859.

Milord. He recibido el despacho de Vuestra Excelencia de fecha 7 de marzo de 1859 y se me ha encargado informaros que el gobierno de Su Majestad aprueba la nota, de la que Vuestra Excelencia nos ha transmitido copia y en la cual Vuestra Excelencia ha comunicado al encargado de negocios imperial que el gobierno de Su Majestad no insistirá en que se fije la residencia del ministro de Su Majestad en Pekín a título permanente.

“El gobierno de Su Majestad aprueba igualmente la sugestión de Vuestra Excelencia al contralmirante de reunir en Shanghái una flotilla de cañoneras a fin de acompañar al señor Bruce en el curso del Pei-ho. Tengo el honor, etc.-Malmesbury”.

En consecuencia, lord Elgin sabe de antemano que el gobierno británico “desea” que su hermano, el señor Bruce, sea acompañado por “fuerzas imponentes”, por “cañoneras”, aguas arriba del Pei-ho y ordena al contralmirante Seymour que se apreste a “esta misión”; a su vez, en un despacho fechado el 2 de mayo, el conde de Malmesbury aprueba la sugestión de lord Elgin a Seymour. Toda la correspondencia hace aparecer como si lord Elgin mandara y lord Malmesbury obedeciera. Mientras que el primero tiene constantemente la iniciativa y se funda en las instrucciones que ha recibido previamente de Palmerston, sin esperar incluso nuevas instrucciones de Downirig Street; lord Malmesbury se contenta con ratificar los “deseos” que su subalterno autorizado le atribuye por anticipado. Agacha la cabeza cuando Elgin proclama que, al no estar aún

ratificado el tratado, los ingleses no tienen derecho alguno a remontar los ríos chinos; agacha la cabeza, cuando Elgin sostiene que hay que dar prueba de gran paciencia con los chinos, en lo que concierne a la aplicación de la cláusula relativa a la instalación en Pekín de una embajada británica y, sin pestañear, agacha también la cabeza cuando, en contradicción formal con sus precedentes afirmaciones, Elgin reclama el derecho de forzar el paso del Pei-ho con una “imponente flotilla de cañoneras”. Agacha la cabeza como Dogberri en respuesta a las propuestas del pertiguero.

Se comprende fácilmente que el conde de Malmesbury haga tan pobre papel y se comporte tan humildemente, si se recuerdan los clamores del *Times* y otros periódicos influyentes al llegar al acceso al poder del gabinete conservador cuando se ven amenazados de peligro los brillantes éxitos que lord Elgin, siguiendo las instrucciones de Palmerston, estaba a punto de conseguir en China, pero que la administración conservadora (aunque solamente sea por despecho y para justificar su voto de desconfianza con motivo del bombardeo de Cantón por Palmerston) se proponía al parecer hacer fracasar. Malmesbury se deja intimidar por ese griterío. Por lo demás, estaba presente ante los ojos y el corazón la suerte de lord Ellenborough que se había permitido oponerse abiertamente a la política india del noble vizconde y que, en recompensa por su coraje patriótico, fue sacrificado por sus propios colegas del gabinete Derby.

En consecuencia, Malmesbury ha cedido la iniciativa a lord Elgin, permitiendo a este último ejecutar el plan de Palmerston y de hacer responsables a sus adversarios oficiales, los conservadores. Por la misma razón, éstos se han encontrado colocados en la desagradable alternativa de decidir cuál debía ser su actitud en el asunto de Pei-ho: o embocar la trompeta de guerra con lord Palmerston y mantener a éste en el poder; o bien volver la espalda a Malmesbury, que habían cubierto de empalagosos halagos durante la última guerra italiana. Esta alternativa es tanto más escabrosa cuanto que un tercer conflicto en China es todo lo que se quiera menos popular entre los hombres de negocios ingleses. En 1857, enarbolaron el león británico porque descontaban grandes beneficios por la abertura violenta del mercado chino. Hoy, por el contrario, se encuentran bastante desengañados por verse frustrados con los frutos del tratado. Saben que los asuntos de Europa y la India van bastante mal para que una nueva guerra de importancia venga a agravar la situación.

No han olvidado que en 1857 las importaciones de té (artículo procedente casi exclusivamente de Cantón, único teatro de guerra entonces) bajaron más de 24 millones. Ahora bien, hoy lo que temen es que esa reducción de intercambios se extienda a Shanghái y otros puertos comerciales del Celeste Imperio.

Después de la primera guerra declarada a China por Gran Bretaña en interés del contrabando del opio; tras la segunda originada por la defensa de una embarcación de piratas, no nos falta más que una guerra montada enteramente con el objeto de infligir a los chinos el castigo de las embajadas permanentes en su capital.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es